

Al cerrar la puerta tuvo la sensación de echar de menos algo; insignificante, con toda seguridad, pero muy “de siempre”. Un objeto, tal vez, o quizás la distribución de los pliegues de la cortina o, que también cabía, una silla o un jarrón que no estaba en su lugar exacto y dejaba, en el aire, una sensación de vacío en el estómago aquí, en su sitio habitual aunque, así, con la poca luz que llegaba de la calle, sería aventurado



precisar y, luego, en el pasillo, tropezó con lo que podría ser un zapato o un juguete porque en las casas donde hay niños pasa eso, que quedan tirados en los pasillos por las noches zapatos y juguetes que, bueno, mañana *los recogeremos* por algo tan elemental como que de día es tal vez todo muy diferente o menos contradictorio porque, saltaba a la vista, a cualquiera iba a extrañarle que el reparar en quién sabe qué minucia insignificante o leve alteración en lo cotidiano no chocase frontalmente con encajar sin reparos la presencia en mitad del pasillo de un juguete o un zapato.

Pero también eso lo dejó para mañana y siguió caminando a la espera de tropezar, de un momento a otro, con un listón de la madera del suelo un poco alabeado y el tiempo se hizo largo; largo de tanto esperar en un pasillo tan corto aquel listón estúpido que *hoy* se le zafaba recordando, por entretener la espera, cómo una vez vio cómo un hombre vivió en una casa que no era la suya sin darse cuenta, con una familia y una esposa y unos hijos que tampoco se la dieron aunque sí eran quizás un poco más altos, o menos estudiosos, y la esposa no tan rubia como la recordaba pero las mujeres en ese tipo de cuestiones cambian tanto.

Eso pasa y el pasillo se terminaría en cualquier momento sin el menor percance felizmente, contrariedad inexplicable salvo por la lógica aplastante de complicadísimos cálculos de probabilidades que afirman, a veces, cuando el resultado así lo exige, que no se tropieza dos veces en la misma

piedra a menos que la experiencia demuestre lo contrario *ten* paciencia, sólo hacía falta esperar a que el tiempo actuase a favor de un desmemoriado transeúnte increpando *no irá usted a pararse ahí; ¿verdad?*

Y, uno, ahí, parado sí y además como un tonto, sin saber qué contestar, no va a facilitar la respuesta que el otro de cualquier modo no va a tomar en cuenta porque para eso se basta a sí mismo, con las suyas propias y con sus particulares listones alabeados en que reparar, por enésima vez, el error cometido al constatar cuan dejados *nos vamos* volviendo poco a poco los que *transitamos* repetidas veces por los diferentes sinsentidos de un nunca más lo volveré a hacer o decir o pensar u omitir dependiendo, según el caso, de que la culpa radique en acto, palabra, pensamiento o negligencia, olvido o intencionalidad que, perdone, puede ser muy denostable pero, comprenderá, nadie goza de tanta ociosidad como para poder ir prodigándose en reproches; así que, por favor, apártese y siga su camino por donde le resulte factible no entorpecer el ir o venir de los demás.

De todos modos recuerda que aquella noche y en contra de una costumbre que se resistía a dejar de mantener pero alguna vez tendría que valerse por sí misma, tras retirar la llave de la cerradura y dudar cual sería el mejor lugar para dar con ella sin dificultad al día siguiente optó por conservarla en la mano hasta llegar al dormitorio; allí la dejaría caer al suelo y le daría una patadita que la mandase debajo de la cama. Era un sitio seguro porque, como una de las zapatillas se solía esconder allí y tenía indefectiblemente que buscarla por la mañana si no quería caminar con los pies descalzos sobre las baldosas heladas, ahí estaría la llave, sin haber tenido que tomarse la molestia de memorizar dónde la dejaba y pudiendo, por tanto, dedicar todos sus esfuerzos a recuperar los años perdidos estudiando meticulosamente la forma más airosa, o limpia, al menos, de sacarlos del cubo de la basura sin extender por toda la cocina toda la sordidez y miseria que envolvía los pocos meses que en

una torpeza imperdonable había guardado como si fuesen la maravilla de las maravillas.

Cómo se pueden tener unas ideas tan poco acertadas de qué es y dónde está la calidad de las cosas es algo a lo que no había sabido responder en un momento muy concreto, bajo el influjo de un estado de ánimo muy específico y bastante sombrío que muy poquito favorecía el hallazgo fortuito, espontáneo y verosímil —todo a la vez, sí, porque sencillamente *feliz* se le había antojado una fruslería que no iba a satisfacer el paladar de un público curtido y exigente, versado en las mil y una maneras de hacer la vida imposible al primer o segundo o tercer incauto que se le cruzara en el camino — de una contestación irrefutable que hoy, hoy precisamente y al amparo de conjunciones muy distintas que a saber si volverían a presentársele, se le antojaba quizás no inteligente del todo, de acuerdo, pero tampoco tan por completo desacertada como para hacer enrojecer de bochorno a quien se armase de valor para dárla.

Eso era complicado y lo sabía porque siempre se las había arreglado para no tratar con otro tipo de sujetos que aquellos seres pusilánimes que dejaban invariablemente escapar las mejores ocasiones de lucirse sacando, del fondo último de sus entrañas, lo mejor de sí mismo y que no tenía por qué tratarse en puridad de las virtudes más encomiables; ¿o es que no eran capaces de comprender que hay defectos suficientes y motivos bastantes para que alguien destinado en un principio para ser despreciable o el hazmerreír de sus congéneres pueda, con un mínimo afán de superación y la humildad necesaria para seguir un cierto método, convertirse en un cretino adorable o un monstruo sublime?

A qué cloacas de podredumbre y abyección habría de descender para encontrar lo que necesitaba era otra de las tantas preguntas a las que había logrado por medio de las más variadas tretas no responderse; y siempre por temor a que aflorase, pese a sus desvelos, una integridad intempestiva de esas que dejan a quien arriesga la piel en el empeño con el culo al aire y sin otra

posibilidad de escapatoria que rendirse y proclamar, haciendo de tripas corazón, que, bueno, *ustedes* disculpasen: era una broma y por supuesto que no estaba proponiendo a colaboradores tan respetables el cometer tal o cual bajeza, o crimen o tropelía o atrocidad, sino a modo de divertimento; y ello entre carraspeos acompañados de risita nerviosa, sin saber qué hacer con las manos que no fuesen los torpes gestos de quienes de veras no tienen la menor noción de cómo no desenvolverse con un mínimo de criterio personal.

No quería hacer algo tan ridículo ni verse en situación tan embarazosa. No quería porque no conocía acto alguno que, a la hora de ser sometido a la comparación a que los humanos someten a los actos ajenos de los que les llega noticia, no estuviera corriendo el riesgo vergonzante de no obtener mayor rango que el de *tan* ridículo como éste o aquel otro que alguna vez cometió alguien de quien, más o menos vagamente, alguien tenía que acordarse; y, aunque era muy posible que de éste suyo no fuera jamás a enterarse nadie, le ponía los pelos de punta el imaginar cuan humillante iba a resultarle el, si contra todo pronóstico llegaba su acto a trascender, encontrarse en situación *tan*, tan solamente, embarazosa como tantísimas situaciones semejantes vividas por cualesquiera otros imbéciles con los que no tenía la menor intención de mezclarse.

¿Qué hacer, en tal caso?

Sabía que ni lo sabía ni iba a saberlo así, de buenas a primeras, pero sí hubo de reconocer que le levantó bastante el ánimo el tropezar, al fin y por azar y cuando ya desesperaba, con el listón alabeado... *¿ves, como a veces te angustias tontamente?; ahora ya puedes encender la luz*, se dijo, y mirar a su alrededor y echar algo de menos pero con sensatez, por constatación real y verdadera de que tal o cual silla o jarrón o pliegue de cortina no estaba dónde o cómo se suponía tenía que estar; y llevarse la mano al corazón o a la boca, y emitir un ¡Cielo Santo!, presa del desconcierto al tener la certeza de que, a juzgar por el desorden reinante, alguien había entrado en casa durante su ausencia o qué

otra explicación se podría dar a que todos los cajones estuvieran abiertos, y el contenido desparramado por el suelo, y no hubiese en toda la casa una silla en que sentarse ni un jarrón en que poner un ramo de flores, ni una joya ni un televisor ni, ni siquiera, una cortina con la que, en las horas de la tarde en que el sol tanto molestaba, poder resguardarse un poco.

Encendió un cigarrillo y se dejó caer sobre el taburete de la cocina, un poco cojo; pero se levantó de nuevo para llenar un vaso de agua que no llenó porque, debía de ponerlo el letrero en la puerta de cristal que no leyó, se había producido una avería de cierta importancia que el Canal intentaría reparar a lo largo de la noche de modo que, a la mañana siguiente...

Pero, como usted jamás quiso creer que las cosas fuesen tan sencillas, hizo caso omiso y se bebió no uno, sino dos vasos... ¿Por qué?

–Pues porque me pareció una tontería, si es que quiere que le diga la verdad.

¿Una tontería?

–Una insignificancia; sí. Habría sido molesto, nadie lo duda, no poder ducharse o poner la lavadora o hacer un café. Pero poco más, imagino; nada, desde luego, que pudiera abocar a un desastre.

Ya. Usted quería algo más... Por eso abrió el frigorífico y se bebió todo el contenido de la botella que tiempo atrás había sido el envase original de cierto refresco de cola, burbujeante, del que no vamos a hacer publicidad; y olvidó el resto del asunto, sin tomar en consideración a cuánta gente estaba, con un gesto tan inocente en apariencia, condenando a una eternidad desprovista de un marco en que encuadrar las sonrisas, las miradas, de aquellos en quienes algún día depositaran no diré su confianza ni su amor pero sí algo mucho más denso y pesado y de prácticamente ningún valor o integridad o fortaleza o... Pero habrá que dejar eso porque usted protestaría que lo que estoy pretendiendo es desconcertarla; y centrarse, ubicarse, colocarse en el lugar de tan dudosa localización tanto en el tiempo como en el

espacio donde no se encontró, por puro azar u olvido o fallecimiento — en el peor de los casos y en paz descansa; del anterior propietario o inquilino de esa vivienda destartada en que usted mora —, relación alguna entre la hipótesis de una existencia, o dos, o tres, o más, que se desprende de su hallazgo y la certeza de que usted esté sabiendo interpretar en todo o en parte el contenido de un pequeño baúl al que, en un alarde de temeridad y aun admitiendo desconocer su procedencia, denomina con desparpajo encantador “baulito chino”...

¿Estoy, o no estoy en lo cierto?

– Sí señor...

... o señora o eminencia o señoría: acuérdesese, porque no sé quién la interrogará a este respecto y le conviene, hágame caso, no incurrir en nuevos y fatales errores... Baulito que, si bien es cierto que se puede albergar serias dudas acerca del hecho de que sea verdaderamente chino, no puede sin embargo cuestionarse su existencia puesto que está ahí, en un rincón de esa pieza a la que usted se empeña en llamar “nuestro despacho” desde... ¿Podría precisar?

–No señora.

¿Y concretar con un mínimo de inexactitud la imprecisión?

–Esa sí porque, siglo arriba siglo abajo, él había llegado primero; antes que yo, quiero decir.

Estaba ya en la casa cuando vino, o fue, a vivir a ella. Se lo dijo a la anterior propietaria, por teléfono, la mañana en que llegó, que en un rincón de la habitación pequeña había un baúl grand...

–No, eminencia, verá, yo le dije textualmente que en un rincón de la habitación grande había un baúl pequeño.

Y ahí es donde ella comenzó, ¿es así?, a mostrarse evasiva o por lo menos distante.

– Al principio, a decir verdad, no demasiado; se limitó eso sí a repetir “¿Un baúl pequeño en la habitación grande?”.

–Sí — contesté.

– ¿Está segura de que no se trata de un baúl grande en la habitación pequeña?

Usted le contestó que sí.

–Así es, señorita, que estaba segura.

Ella entonces respondió, usted tuvo la sensación de que con un encogimiento de hombros.

–En efecto, sí; señor. Una sensación muy fuerte de que con un encogimiento de hombros; que no sabía, pero que hablaríamos más despacio del tema en otro momento porque *ahora* tenía un poco de prisa.

En los meses siguientes volvió a telefonarle con una cierta regularidad, insistiendo en el tema; ella siempre respondía igual de evasiva, o distante al menos...

–Igual de evasiva, sí, o de distante al menos, señorita...

“Eminencia”; cuente hacia atrás con los dedos y verá que lo que toca es “eminencia”.

–Sí, señorita...

¿Pero no acabo de decirle que?

–Ya, pero como ya...

Se admite: “evasiva al menos”.

–*Distante*, “distante al menos”; prestándome tan casi nula atención que solía decir *ah, sí, el baúl grande de la habitación peq...*

–No, no — recuerdo que rectifiqué en varias ocasiones —: en la habitación grande, el baúl pequeño.

Pero ella siempre tenía prisa y, como usted nunca ha tenido demasiada paciencia, un día se cansó y se lo dijo; la llamó ex profeso por teléfono para advertirla de *esta es la última vez, no volveré a llamarla...*

–*Está bien* — eso es, sí, su majestad, me cortó en tono muy tranq...

Está bien, pero no se invente su intervención ni exagere.

–*Está bien* — me cortó en tono tranquilo, casi amable — *yo la llamaré; usted no tendrá que preocuparse de nada* —. Y, sí,

estuvimos una larga temporada siendo ella quien me llamaba interesándose por el baúl, y por su tamaño, y por su ubicación; hablamos tanto del asunto que incluso llegó a aprenderse que el baúl era pequeño y la habitación grande.

Pero en cuanto le mencionaba el tema de venir, o de ir, a recogerlo se volvía a mostrar evasiva, o por lo menos distante, y a posponer el hablar del *tema más despacio* porque, *ahora*, tenía un poquito de prisa...

– ¡Équili cuatri! Llegó a hartarme y desesperarme tanto que terminé por ser yo quién se escabullía pretextando tener, siempre que llamaba, no *un poco*, sino, *muchísima* prisa.

Finalmente, y tal vez porque como resultado de tantas conversaciones se habían terminado por imbuir cada una del temperamento de la otra, un buen día no volvió a llamar...

– Aunque — y me gustaría que constase en el acta —, no lo bastante imbuida ella de mi “yo”, lo hizo sin avisarme.

Y usted, imbuida sí de su evasividad, o distanciamiento al menos, llegó a desentenderse del dichoso baúl hasta el extremo en que sólo hoy, más de quince años o tres lustros después, ha vuelto a reparar en él y lo ha abierto para encontrar, tan sólo, un montón de papeles de los que, para que se vea que lo que dice es verdad, ha transcrito algunas, pocas, páginas que rezan... ¿Querrá ser tan amable de leerlas en alta voz?

– Sí, padre:

Existen vidas azarosas, complejas, atormentadas, plagadas de intrigas y tortuosos dramas dignos de pasar a la historia, a la historia en mayúsculas que es la que importa, en forma de tremendas y exorbitantes epopeyas.

Otras no son así. Son sólo el cada día de gente corriente, de personas normales si es que entre los humanos hay lugar para tan sencilla y bien rara suerte cual es la normalidad.

El mundo occidental está abarrotado de clase media. Una grandísima parte de los habitantes del planeta pertenecemos a tan exótico y singular reino sin percatarnos de nuestra originalidad.

Somos una curiosísima tribu las gentes vulgares. De verdad. Adoramos a dioses increíbles en los que jamás depositaríamos la sombra de la duda de su futilidad, ¿quién osaría?, y les ofrecemos constantemente sacrificios sin sangre ni víctima a inmolar, que no la quieren y muy por el contrario les repugna, que son esas costumbres bárbaras, salvajes, inhumanas, que ofenden y hieren aun a la menos exigente de las sensibilidades ¡Fuera mártires! o ¿adónde vamos a llegar?

No vamos a llegar a ninguna parte, como debe ser. Sabios tuvo ya en profusión el transcurrir de los siglos y cuando tal denominación hace ya unos cuantos se nos asignó por algo será, y cuando nada ni nadie ha acudido a enmendar la plana razón de peso habrá.

Y, bueno, nos hemos resignado o acostumbrado... ¡Mentira!, únicamente hemos simulado acatar, pero en el fondo, de qué, ¡eh!, ¿de qué?

Evidentemente de nada, ¡como debe ser!

¿En qué cabeza cabe que nos vayamos a limitar a nuestra mediocridad?

Es nuestra, en ella hemos nacido, la hemos heredado de nuestros mayores y la dejaremos en legado a las generaciones venideras carne de nuestra carne; no podemos ni debemos ni tenemos derecho a transmitírsela adulterada y empequeñecida, purificada y limpia de su propia esencia ¡Nada de eso! Hemos a toda ultranza de engrandecerla, de elevarla a la categoría de insignificancia sublime, de vulgaridad inconmensurable.

¿Qué quedaría de nuestro fugaz paso por la tierra de otro modo?

Siendo infieles a nuestra, ¡nuestra y mil veces nuestra!, eso es; bueno, pues siendo desleales a nuestra (una vez más, y aún serán pocas) inherente necedad daríamos lugar a una auténtica y descomunal hecatombe en que se irían al traste los más elementales principios del porqué y para qué de la humanidad.

¿Así, tan simple? ¡Quia!, ni pensarlo. Y pues que no hay letras que alcancen a dar idea de su talla, imagínese a voluntad y sin reparar en derroche y despilfarro de jactancia.

¡Nosotros!, los zafios mezquinos mantenemos en pie todo un Universo que no se desmorona gracias, exclusivamente, a la estupidez de que nos hallamos imbuidos ¡A Dios gracias!

He de hacer aquí un alto para tomar resuello. Además, nada más lejos de mi torpe intención que el rebelarme; es sólo que me apasiono, que mi fervor y mi conciencia de clase me hacen enardecer cual a politiquillo de tres al cuarto en mitin de plena campaña y "¡¡¡Vamos a ganar!!!", acaloradísimo.

Porque, pregunto yo, ¿es o no es una sinrazón y un disparate la estúpida pretensión de un vivir mejor?

¡Por supuesto que existe mejor vida!, ¿quién podría dudarlo a estas alturas?, ¡pero esa vida mejor hay que ganarla! Nada puede ser logrado ¡sin esfuerzo!, ¡sin sufrimiento!, ¡sin abnegación!, ¡sin...

Ya todos los piojosos obreros tenemos de todo, ¿no? Claro que no me refiero a los desempleados, esos no trabajan, como su propio nombre indica, y por lo tanto no son obreros... ni en activo ni piojosos. Me refiero a toda la gentuza que todos los días acude a ganarse... el pan ¡Qué barbaridad!, ¿quién quiere ya pan? Así que el pan, no; estamos todos hartos ya de pan, y de televisores, y de videos, y de ordenadores, y de vacaciones al otro lado del mundo de las que regresamos sin ni idea de cómo es ese otro lado del mundo, y de coches fabulosos, y de pisos que antes eran privativos de los ricos, los elegantes, la gente bien en una palabra.

Nos parecemos muchísimo en nuestras naderías a las clases altas; poseemos tantos artilugios, trastos y cachivaches inservibles como ellos y los pagamos al mismo precio... más exactamente: los solemos pagar, sencillamente. Ellos, no siempre, pero para eso se lo pueden permitir.

Por ejemplo, y sin señalar que está muy feo, una mujer del Gran Mundo (que a mí eso de jet me suena a jeta y en poco honra a las personas de mérito) lucirá trajes o joyas o peinados de firma, fastuosos, de estilo simplemente porque sí y el firmante, diseñador o modisto o joyero o peluquero, sentirase profundamente obsequiado por la deferencia de tan famosa dama, aún sin ver el pago en efectivo o metálico; pero no importa: ¡esperará!

Esperará a que le sea reembolsada su mercancía, y con creces, por nuestras mujeres, las nuestras, las de nuestra estirpe, ¡las mujeres de la calle!

Ha quedado equívoco, ¿verdad?

Pues sin haber por qué, que si el hombre de la calle es el ciudadano a secas, el civil de a pie así como clérigos y militares sin uniforme, la mujer de la calle no ha de ser tomada por otra cosa que ama de casa, chupatintas, dependienta o monja.

Bueno, pues la mujer de la calle y con la cabeza bien alta (la monja puede que no, mas nada es seguro) se dejará el pellejo trabajando y ahorrando para tener sobre su persona aquel traje, la tal joya, el cual peinado; y lo tiene. Se lo digo yo.

Todo el que dice empavonado y con engole "se lo digo yo" suele no tener ni idea de qué está hablando. Razón de más para no callar... ¿Se imaginan un mundo sin sonido? Eso decía un anuncio de televisores que hace años se vio en televisión y a mí me parecía tonto por entonces... "¡Pero si quien la ve ya tiene!". Mira que era simple, ¡eh! ¿Y qué pasa con la cocina? ¡Hay que tener otro en la cocina pedazo de ignorante! ¡Ah!

Y es que se ha perdido el respeto. Que siempre hubo ricos y pobres y todo estaba en orden, pero desde que la clase media empezó, empezamos oiga usté, a vivir a lo grande ya no sabemos nadie dónde tenemos la mano derecha.

¿A qué tantos desvelos - dirá el magnate - por ser más poderoso que ese mangante para al fin y a la postre dar en iguales?... Y es que el magnate tenía una vena poética; vamos, todos ustedes

recordarán que *Los ricos también lloran* por las mañanas a las once hace menos de un año y, ahora, en 1990, *Santa Bárbara, Cristal*, pero como no los veo no me sé su estatus aparte de que son americanos (sí, aunque sean de Venezuela, Uruguay o Chile son americanos) y yo ando en Europa, precisando en el carrillo izquierdo del culo con perdón, pero en todo el centro del moflete, eso sí, que yo soy nacida y criada en Madrid, y aquí vivo; pero bueno: que yo a esas horas estoy en el mercado y, como iba diciendo, la gente de lustre y la de medio pelo puede ser confundida de por fuera con facilidad harto pasmosa.

Las apariencias, sin embargo, pueden inducir a engaño. Lo exterior, ¡qué estupidez! Cómo puede un mediocre ser tomado, así tan alegremente, por un individuo de calidad solamente por su aspecto ¿Cómo tal puede ser?

Muy sencillo, por más que un tanto burda la elucidación de tal dilema: pura falta de pesquis, lasa llana ignorancia.

¡Pero si sólo hay que discurrir un poco!

¿En qué han de parecerse ni mucho ni poco las tragedias intrigantes de los ricos a las peripecias chismosas del mesócrata?

En nada.

¿En nada?, ¡ja!

Para eso estamos aquí nosotros, para imitarles en el mal vivir (el bien ya lo tenemos todos dominado, hombre claro), para tomar ejemplo y ser digno espejo de sus sufrimientos, de sus problemas, dificultades, enfrentamientos, odios y amores sin perder jamás la compostura ni las buenas maneras (en el amor está permitido perderlas un poquito, jadear discretamente y exclamar ¡oh!, ¡ah!, etc. ...); y así, gracias a las personas de clase, hoy por hoy todos somos una pizca más elegantes y hablamos mejor y...

Es suficiente. Mañana, al amanecer, será usted ejecutada.

